

LO más sólido de la alta sociedad madrileña pertenece al Club de Campo. Gente hermosa por cuatro generaciones de proteínas y enriquecida todavía por el Derecho Carolingio compone una selección de ejemplares con sus correspondientes crías, que come, juega y practica los deportes más finos e ingleses en un coto prestado por el Ayuntamiento. Pero ya se sabe que la felicidad en este valle de lágrimas, aunque sean lágrimas de Campari con soda, nunca es completa. La aspiración, la frustración, el deseo inconcebible de esta familia del Club de Campo consiste en poder un día alcanzar el último peldaño de su clase y entrar en el Real Club Puerta de Hierro, que es un cerrado de estirpe, una reserva sagrada compuesta sólo por muy pocos socios. Pertenecer al Real Club de Puerta de Hierro equivale a penetrar en el tabernáculo donde se guarda el séptimo sello de la coronación. No basta con ser rico, ni siquiera con ser riquísimo. Hay que tener además un antepasado muerto en los campos de Flandes o un "pedigree" escrito con letra bastardilla en un folio color sepia, guardado en la cómoda. Del Club de Campo al de Puerta de Hierro se pasa por riguroso escalafón con las normas más estrictas del mundo de los nobles millonarios. No insistas.

El Real Club Puerta de Hierro está situado sobre unas lomas de pinos y colinas de césped mentolado, entre la Ciudad Universitaria y el alvéolo putrefacto del Manzanares, apreado hacia los montes del Pardo, con un fondo espectacular de la sierra. El ángel del paraíso, que desde la gartera controla la entrada, conoce a los suyos por los ojos. Si consigues que levante la barrera, podrás penetrar en un mundo fascinante, lleno de inocencia preternatural. Lo primero que te acoge es el sofisticado silencio de la Naturaleza, un hermetismo de urraca y blando vuelo de mirlo. Muy lejos todavía del palacete social, sobre una pradera vallada como un dorado aprisco, toman el sol unas criaturas rubias al cuidado de ayas de almidón o institutrices anglosajonas. Sus papás juegan al golf o toman el aperitivo fuera del alcance de sus gritos. Sería horrible oír aquí a una madre que se queja: "Este hijo no

me come"; a la amiga que le recomienda: "Chica, dale un Fruco"; y el berrido de un pequeño canalla, que acude a la merienda campestre gritando: "Yo también quiero Fruco". Esa escena quebrantaría el orden ontológico. Los verdaderos señores están mucho más allá.

lustre en un reflejo condicionado. En una capilla con servicio médico incorporado se sanan los males del alma y del cuerpo. Todo está previsto, todo funciona en silencio, tú sólo debes deslizarte entre sonrisas y reverencias, pero tienes la obligación de ser alto y guapo, sofisticado y su-

por las aletas de la nariz, ves las tres capas de la sociedad estratificada, cada una en el lugar exacto del panorama. A los pies de la dorada reserva, separado por el cauce fétido del Manzanares, está el Parque Sindical. Durante el verano se oye un confuso griterío, el esfumado fragor de los obreros que comen tortilla de patatas bajo los árboles o se bañan en la piscina de Siloé, junto a los alaridos de los altavoces, donde canta un Manolo Escobar que trae y se lleva la brisa. A la izquierda, según se mira el noble millonario, aparece la carretera de La Coruña, embotellada de domingueros, que acarrearán hacia la sierra las frustraciones de la semana. Desde el Real Club Puerta de Hierro se percibe el ronroneo de coches de la mesocracia, los últimos, esforzados, obsecados adalides del consumo, que bajan y suben por la autopista, cumpliendo el mito de Sísifo, en busca de un paraíso de fibra sintética. Más allá, sobre un teso de pinadas municipales, se ve el Club de Campo, lleno de meritorios, y desde el Club de Campo se divisa el Club Puerta de Hierro, que es la cúspide soñada, el último peldaño de la escalinata donde alargas la mano y ya tocas el calcañar de Dios Padre.

LOS SERES MAGICOS, NO CONTAMINADOS

MANUEL VICENT

Ves un grupo de amazonas cabalgando en un equilibrio de sol y sombra, los bruñidos cascos sobre la alfombra de otoño, como en la escena de los caballos en el parque del musical "Hair". La parábola de una pelota blanca se levanta a veces sobre una vaguada de carrascos y los jugadores de golf, seguidos por los "cadis" con un largo zurrón lleno de palos adecuados para cada golpe, recorren los hoyos hablando de negocios. A medida que te acercas al edificio social, aparecen los servidores amables, situados en los ángulos estratégicos; los criados con visera, cada vez más espesos, atentos al menor gesto tuyo. Cualquier deseo ínfimo será complacido al instante. En los vestuarios de gran lujo, con perfume de violeta y humo de ducha, basta con que te quites un zapato y un mayordomo elegante se precipita a tus pies para darle

surrante. Hay diez trabajadores en nómina para cada uno de tus signos, llamadas, caprichos o dudas, siempre que no sean metafísicas.

Aunque lo maravilloso no es eso. El Real Club Puerta de Hierro tiene un privilegio más extraño todavía. Te sientas en la terraza, al borde de la colina sagrada, bajo una sombrilla de Visconti, y sin necesidad de fumarte un porro, que aquí está considerado como una ordinariéz de clase media, o de pasarte una guía de cocaína como una armónica





Madrid, tocado con la boina venenosa de la contaminación.

Hace unos días he tenido el honor inmerecido de penetrar en este paraíso social. He visto de cerca la reserva de ejemplares mágicos y le puedo asegurar que es un zoo rutilante, que las hembras son todas hermosas, relajadas, rubias y elásticas y que los machos están llenos de haces musculares, de reflejos de masaje y luces de pátina. Todos los ricos tienen la quijada reluciente, se les reconoce por el brillo del lóbul. Pero aquí hay algo más. Es la sofisticación de la inocencia, la gracia preternatural, la convicción de que en el jardín del club está el árbol del bien y del mal, cuajado de fruta prohibida, y que si te comes una no pasa absolutamente nada. Tomando el té en la terraza, allí en la sobre mesa, recibí una sutilísima lección de economía. Era una tertulia de seres escogidos por la pureza de la sangre, y allí no se hablaba de la contaminación, de esa boina venenosa que estaba cubriendo Madrid. Tampoco salió a relucir Jomeini, ese Felipe de Neri sentado sobre una manta, que ha dividido el mundo en santos y pecadores, en fieles e infieles. Nadie habló de política, que es algo lejano y bastardo. Allí se hablaba de que el caballo había hecho un extraño en la galopada, de que se había logrado meter la pelota en el hoyo sólo con tres golpes y de otras intelectualidades frívolas y deportivas.

En un momento de la conversación cometí la bajeza de insinuar lo bien que se estaba allí, bajo un sol tierno, frente al her-

moso paisaje de la sierra, con el Parque Sindical a los pies y la autopista de La Coruña embotellada. Tuve la debilidad de recordar que el bienestar o el lujo es un concepto relativo, por la cosa del contraste. Lo pasas mejor, si desde esta altura ves ahí abajo a los obreros comiendo patatas o divisas, la carretera atiborrada por una clase media llena de traumas dentro del coche. Me miraron como a un marciano. No entendían. Pero una muchacha rubia, recién salida de la ducha posterior al picadero, captó el sentido y me dio una gran lección, una teoría del mundo en dos palabras.

Dijo que este paraíso del Club Puerta de Hierro, que me parece tan maravilloso, sirve para que la gente trabaje. Cuando el obrero ve o presiente que hay un mundo de lujo, se esfuerza por conseguirlo. Todos quieren subir hasta lo más alto. Se necesita que alguien esté allí para provocar la envidia, que es la pasión que mueve la economía.

En la entrada del palacete social una inscripción en cuatro azulejos recuerda la gratitud de los socios a dos próceres que hicieron posible la reconstrucción del Real Club Puerta de Hierro después de la cruzada de liberación. Sobre una colina de esmeralda se ve una magnífica galopada de caballos. Madrid está bajo una capa de ponzoña. De noche ha aparecido en el cielo un ovni. Pero los seres mágicos, no contaminados, ya hace mucho que tienen un nido en el planeta.

Congreso en Berlín

El SPD, a los veinte años de Bad Godesberg

JOAQUIN RABAGO

Es un Congreso importante el que celebran esta semana los socialdemócratas alemanes en la ciudad dividida. De él deben salir las directrices que determinarán el rumbo del partido hasta las elecciones para el Bundestag del próximo año. Unas elecciones que prometen ser cualquier cosa menos aburridas. El candidato de la oposición, Franz-Josef Strauss, ya se ocupará de que así sea. De hecho, puede decirse que la campaña ha comenzado. Comenzó tan pronto como se supo que Strauss iba a ocupar definitivamente el lugar del más moderado Albrecht como candidato común de la CDU-CSU. La primera salida de Strauss de su feudo bávaro, el pasado septiembre, para celebrar una serie de mítines en la región del Ruhr fue como un preanuncio de lo que puede ocurrir en 1980. Abucheado por jóvenes izquierdistas, el cristiano-demócrata no pudo contenerse, y no sólo respondió a los insultos con otros insultos, sino que al día siguiente iba a acusar al socialdemócrata Egon Bahr de estar personalmente detrás de los disturbios. Unas acusaciones de juzgado de guardia.

Lejos de escarmentar, el jefe del Gobierno bávaro iba a dar pie poco después a una nueva campaña difamatoria contra el SPD. Apoyándose en unas manifestaciones de Strauss, el secretario general de la CSU, primero, y luego, el jefe de las juventudes del partido, dirían, en el colmo de la demagogia, cosas como estas: "Los nacionalsocialistas eran ante todo socialistas" y "Tanto Hitler como Goebbels eran marxistas en el fondo de sus corazones". Palabras estas últimas pronunciadas no en una cena de amigos, sino a través de los micrófonos de radio Baviera.

Cerrar filas

Sin embargo, Helmut Schmidt es un hombre frío, que no acude fácilmente el trapo rojo de ese tipo de provocaciones. Sabe que la imagen de un Strauss inconti-

nente, desaforado, más que nada le beneficia. El trata de comunicar a sus conciudadanos una impresión de austeridad, de aplomo, que contrasta abiertamente con el radicalismo vocinglero del bávaro. Además, a mayores ataques desde la derecha, más fácilmente conseguirá que el partido cierre filas en torno a su persona. Un excelente pretexto para amortiguar, ya que no acallar, las protestas y las críticas de los sectores más a la izquierda del partido y en especial de los Jusos (jóvenes socialistas), que propugnan, entre otras cosas, una política energética distinta de la suya: es decir, excluyente de lo nuclear.



Helmut Schmidt: un eficaz gestor.

Schmidt no se cansa de repetir, por el contrario que "sin energía nuclear no puede haber crecimiento". Y sin crecimiento aumentarán el paro y el descontento de la población, lo que no puede por menos de conducir a una derechización del país. Los Jusos y algunos sectores del SPD como el que encabeza Eppler no están de acuerdo. Lo nuclear puede y debe esperar. O se ofrecen unas condiciones de seguridad absolutas —algo prácticamente imposible— o se renuncia a su empleo. Por el contrario, hay que impulsar, según ellos, desde ahora mismo la investigación de fuentes de energía alternativas así como hay que buscar métodos que permitan un mayor aprovechamiento de las tradicionales. Todo ello, combinado con